

tario crítico, cabría preguntarse si no es posible una explicación menos psicoanalítica y que acoja otras claves interpretativas distintas a los conflictos sexuales, para dar razón de la mayor dificultad que entraña la construcción de una identidad masculina reconciliada.

Francisco Santamaría

Bayley, James E. (ed.): *Aspects of relativism. Moral, cognitive and literary*, University Press of America, Nueva York, 1992, 172 págs.

Desde la publicación del colectivo *Relativism* que editó Wilson (Blackwell, Oxford) en 1970 se están haciendo frecuentes las ediciones de varios autores que se inscriben en la tradición de dar respuesta o agudizar el problema del relativismo, problema que no sólo compete a la investigación filosófica porque describe un estado general de la cultura actual. La publicación tuvo su origen en un congreso celebrado en la Universidad de Columbia de Nueva York con el mismo título que el libro. La selección de algunas de las comunicaciones presentadas en el congreso se recogen en tres grandes bloques: relativismo moral, cognitivo y literario. Tal distinción sigue a la ya establecida en la edición de Wilson, aunque, sin embargo, el planteamiento de los problemas y las tentativas de superación que se proponen haga caso omiso a la larga discusión que comenzaran autores de la talla de Winch, Hollis, McIntyre o Lukes. De especial relevancia son las comunicaciones dedicadas al relativismo cognitivo entre los que destacan Levin, Ungar y Meyer, en una discusión que, a diferencia de la tradición inglesa, se centra en autores como Sellars, Goldman, Goodman, Putnam o Schwartz. El ataque de M. Levin al denominado 'relativismo de la realidad' es especialmente original. La concepción de que el mundo no depende causalmente de la mente y que hay un sentido del mundo del que puede hablarse sin una referencia a un esquema conceptual arbitrario, que mantiene el 'relativismo de la realidad' es puesto en duda por Levin, aunque él mismo se sienta incapaz de proponer una alternativa al escepticismo que nace de esa arbitrariedad. Ungar, a su vez, niega la posibilidad de un punto de vista absoluto pero defiende una necesaria objetividad de la parcialidad de cualquier conocimiento que el autor parangona con la interpretación. La aceptación relativista del punto de vista no puede salvarse con una metafísica que hace deducir la naturaleza de la realidad de la naturaleza del lenguaje. A diferencia de lo que piensa Russell o el primer Wittgenstein no hay una homogeneidad entre lenguaje y realidad extra-lingüística. A mi entender Ungar no acaba de desembarazarse de la versión representacionista del lenguaje y por ello su propuesta perspectivista –muy parecida a la propuesta de Lukes en

*Relativism in its place* (Blackwell, Oxford, 1982)– no elude el problema central del relativismo cognitivo: la arbitrariedad de los marcos conceptuales. Meyer aporta un estudio sobre el internalismo y el externalismo dentro de los límites de una epistemología de la certeza a partir de Pritchard y Sellars. A juicio de Meyer la balanza internalismo-externalismo se desequilibra en favor del externalismo, pero éste no puede refutar el escepticismo o distinguir entre conocimiento animal o humano. La tensión podría resolverse si separamos la conexión entre el conocimiento y la concepción internalista –negar que el conocimiento implique la habilidad de justificar la confianza en todas las fuentes de certeza. Un interesante estudio sobre la epistemología feminista de C. Murphy se centra en el impacto relativista de los modos de considerar sexista y feminista utilizando argumentos de Feyerabend y Kuhn. En definitiva una buena aportación que le quita la patente del problema a la tradición inglesa y viene a confirmar que la cuestión del relativismo todavía sigue vivo en los círculos académicos de América.

Pablo Arnau

Castañares, Wenceslao / González-Quirós, José Luis: *Diccionario de citas*, Editorial Nóesis, Madrid, 1993, 647 págs.

El lenguaje es el medio de expresión más característicamente humano, en su objetividad y a la vez plasticidad para ser recreado en cada acto de comunicación y expresar de manera viva el pensamiento de quien lo enuncia, el hombre se manifiesta en su singularidad al mismo tiempo que expresa las condiciones culturales, históricas, heredadas que le han conformado. El lenguaje es la riqueza cultural depositada que el que utiliza reaviva para expresar su pensamiento. Y una cristalización privilegiada es la *cita*.

Como expresan los autores en el Prólogo "las palabras de otros nos sirven como contrapunto para la construcción de nuestra identidad. A esta forma de polifonía explícita, hecha de consonancias y disonancias, es a lo que llamamos *cita*" (p. IX). Con las citas, investimos de autoridad nuestros pensamientos, de esa autoridad que da el ser atribuidas a un autor de reconocido prestigio en su campo o el haber atraído la atención de hombres y épocas distintas, de haber sido repensadas o recogidas como punto de referencia.

Pero la cita no es sólo muestra de erudición, busca ser reactualizada y reinterpretada, invitando al conocimiento. Incita a la reflexión, a pensar sobre el contenido que transmite, a conocer más en profundidad su contexto, a pararse en la siempre sorprendente actualidad del pensamiento a pesar de las distancias temporales. Un libro de citas, por tanto,